

Claves de lectura sobre la crisis argentina del año 2001.

La encrucijada de las ciencias sociales

Ana Soledad Montero *

Mariana Cané **

Resumen

Desde el campo disciplinar de las ciencias sociales se ha producido una multiplicidad de estudios vinculados a la “crisis del 2001”, cuyas interpretaciones han colaborado con los procesos de sedimentación de sentidos en torno a qué características e implicancias ella comportó. Procuraremos, entonces, recomponer un mapa de dichas claves de lectura no solo por el interés que despierta la crisis como proceso complejo, sino


* Docente de grado y posgrado en la Universidad de Buenos Aires (UBA) y Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Investigadora adjunta del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

** Docente de grado en la Universidad de Buenos Aires (UBA). Becaria doctoral del Instituto de Altos Estudios Sociales / Universidad Nacional de San Martín - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (IDAES/UNSAM - CONICET).

Código de Referato: SP.230.XLIII/17

<http://dx.doi.org/10.22529/sp.2018.43.01>



STUDIA POLITICÆ  Número 43 primavera-verano 2017/2018 – pág. 5-34
Publicada por la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales,
de la Universidad Católica de Córdoba, Córdoba, República Argentina.

también porque allí se pueden rastrear elementos que ayuden a echar luz sobre las formas en que se estudiaron posteriormente los gobiernos kirchneristas e incluso el triunfo del PRO/Cambiemos en las elecciones presidenciales de 2015.

Palabras clave: Crisis del 2001 – Claves de lectura – Ciencias sociales – Kirchnerismo – PRO/Cambiemos

Abstract

From the social sciences disciplinary field a multiplicity of studies related to the “crisis of 2001” were produced, whose interpretations have collaborated with the processes of sedimentation of meanings around the features and implications of that crisis. In this paper, we’ll try to recompose a map of those reading keys, not only because of the interest in the crisis as a complex process, but also because there may help tracing elements that allow to shed light on the ways in which kirchnerista government were studied and also the triumph of PRO/Cambiemos in the presidential elections in 2015.

Key words: 2001 crisis – Reading keys – Social sciences – Kirchnerismo – PRO/Cambiemos

Introducción

POR su complejidad, profundidad y multidimensionalidad, los sucesos que suelen englobarse bajo la denominación de “crisis del 2001” en Argentina supusieron un desafío teórico y metodológico para todos aquellos que los han abordado como objeto de investigación desde las ciencias sociales. Como señala Scillamà, las formas en que desde ese campo se abordó, narró, pensó y aprehendió lo que se conoce como “crisis del 2001” “contribuyeron a fijar un sentido de tales acontecimientos” (2007: 313), o, mejor, un conjunto de sentidos posibles sobre la crisis que, sin embargo, no agotan su complejidad, por lo que dejan indefectiblemente un “lugar ciego” que escapa al análisis.

Este texto parte del supuesto de que los ecos de los procesos que se dieron en Argentina entre los años 2000 y 2002 alcanzan la escena política, social y económica del presente en más de un aspecto. La preeminencia económica —pero sobre todo política— que el actual gobierno de Mauricio Macri le imprimió a la negociación con los denominados “fondos buitres”¹ por la

¹ En diciembre de 2001 y durante la presidencia de Adolfo Rodríguez Saá, el país se declaró en *default* (por unos 81.200 millones de dólares). Durante las presidencias de Né-

deuda originada en aquellos años (afrentada en los años 2005 y 2012, y definida recientemente por un miembro del gabinete como “la salida definitiva del *default*”²) es solo un ejemplo. Pero, desde nuestro punto de vista, aquellos procesos constituyeron la superficie de emergencia no solo de la identidad kirchnerista (que signó la escena política entre 2003 y 2015 y que aún hoy protagoniza la disputa por los espacios de poder político), sino también del PRO y de la actual coalición gobernante Cambiemos (Vommaro, Morresi y Belloti, 2015)³, y allí reside, en gran parte, la relevancia de volver sobre este objeto. En este sentido, indagar sobre las distintas formas en que las ciencias sociales⁴ argentinas abordaron y significaron el haz de sucesos que tuvieron lugar en Argentina entre 2000 y 2002 puede aportar elementos para echar luz sobre la sedimentación de sentidos en torno a la “crisis del 2001”, pero también sobre las lentes con las que se observaron los gobiernos kirchneristas e incluso el triunfo del PRO/Cambiemos en las elecciones presidenciales de 2015, más aun teniendo en cuenta que, para algunos autores, aún atravesamos el período poscrisis (Pérez, 2013a: 63).

En este trabajo nos proponemos realizar una revisión crítica de la bibliografía que, desde el campo de la sociología política, la teoría política o la ciencia política, abordó la “crisis del 2001”: ¿de qué modos se definió la crisis desde las ciencias sociales?, ¿qué consideran los distintos autores que entró en crisis?, ¿qué alcance temporal le atribuyen?, ¿qué diagnóstico proponen acerca de sus posibles causas y antecedentes?, ¿qué tipo de “sujeto” identifican como protagonista de la crisis?, ¿cómo definen el “punto de in-

tor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner se logró (el primero con un 76 % de adhesión, que la segunda elevó al 93 %) renegociar la deuda derivada de aquella situación. El porcentaje restante constituye lo que se conoce como “fondos buitres”, es decir, acreedores que habiendo adquirido los títulos de deuda a precios mínimos en la coyuntura crítica de principio de siglo pugnan en distintas instancias judiciales por obtener el pago completo de lo prestado, con sus respectivos intereses.

² Referimos al Ministro de Hacienda Prat Gay (en varios periódicos en papel y online: El Cronista.com del día 21/04/16, *Clarín* 14/04/16, Página/12 (online) 19/04/16).

³ La alianza electoral Cambiemos es un conglomerado de fuerzas políticas (PRO, UCR, ARI) constituido al fragor de las elecciones presidenciales del año 2015. El rol que en esta alianza adoptó la UCR tampoco puede deslindarse del proceso de su debilitamiento como consecuencia de la crisis de marras (TORRE, 2003).

⁴ De nuestra investigación excluimos los trabajos realizados desde el campo de la economía o la sociología económica (BOYER y NEFFA, 2004; CASTELLANI y SZKOLNIK, 2011; GAGGERO, 2012; NEMIÑA, 2014).

flexión” o el momento crítico? y, por último ¿qué interpretaciones proponen acerca de la “salida” de la crisis? Es este último punto el que constituye, en efecto, el horizonte de nuestras indagaciones: ¿qué interpretaciones ofrecen las ciencias sociales sobre los vínculos entre la “crisis del 2001” y la “salida” del 2003? Dicho de otro modo ¿qué hizo el kirchnerismo con las esquivas de la crisis?

El punto de partida de nuestro trabajo es que la “crisis del 2001” es un objeto de análisis complejo sobre el que existen múltiples lecturas que le atribuyen distintas dimensiones explicativas y lo inscriben en distintas narrativas. Como veremos en los próximos apartados, proponemos clasificar las lecturas existentes en tres grupos ⁵: por un lado, aquellas cuya perspectiva explicativa se centra en las identidades sociales y en su relación crítica con respecto al Estado (§1.1); por otro lado, aquellas lecturas enfocadas en la ruptura del orden institucional (§1.2). Pero junto a estas, se puede detectar un tercer grupo de lecturas que, sin desechar de plano algunos elementos de análisis presentes en las dos primeras, pone la mirada en la constitución de las identidades políticas (§1.3). Luego de analizar estas tres narrativas sobre la crisis, en el último apartado (§2), presentamos las conclusiones del trabajo.

⁵ Es significativo al respecto el aporte de MORA SCILLAMÁ (2007), quien trabaja específicamente sobre la forma en que se abordaron las jornadas de 19 y 20 de diciembre de 2001 desde el campo disciplinar de la ciencia política, el cual sitúa en un mapa compuesto por tres tipos de lecturas (la que observa la política *desde arriba*, la que pone foco en lo social *desde abajo* y la que apunta al *engarce* o la *juntura* de ambos niveles, cuyo referente es el trabajo de DENIS MERKLEN (2005) *Pobres ciudadanos*). Si bien compartimos algunos elementos de su análisis, estableceremos algunos contrapuntos con la clasificación que propone, sobre todo en relación al tercer tipo de lectura. SVAMPA (2013), por su parte, sostiene que es posible identificar tres interpretaciones político-académicas “que apuntaron a retener o apresar el sentido de lo ocurrido el 19 y 20 de diciembre de 2001: estas se centran en los conceptos de *crisis*, *Argentinazo* y *acontecimiento*” (2013: 23). En NOVARO, CHERNY y FEIERHERD (2010) se repasan las interpretaciones académicas de la crisis en su relación con el funcionamiento del sistema presidencialista: si algunas lecturas ven en la crisis del 2001 un exponente paradigmático de las debilidades de todo sistema presidencialista otras muestran, en cambio, que la crisis da cuenta de una considerable fortaleza y capacidad de adaptación de los presidencialismos. BONVECCHI (2006), por último, propone una caracterización de las intervenciones sociológicas y politológicas sobre la crisis según estas propongan explicaciones deterministas o contingentes: desde las perspectivas más “institucionalistas” hasta aquellas centradas en los actores, lo que estas explicaciones muestran es una permanente oscilación entre el determinismo y la contingencia que, o bien “diluyen el acontecimiento” (2006: 530) o bien se concentran exclusivamente en la coyuntura.

1. Tres claves de lectura de la crisis

1.1. La crisis como expresión de la sociedad contra el Estado

Existe un conjunto de estudios que evaluaron la crisis de diciembre del 2001 como la expresión de un quiebre en los patrones de subjetivación social, que tendría su origen más profundo en las mutaciones del sistema capitalista global y que se expresaría en la emergencia de nuevas formas de organización del trabajo y de la producción, en inéditos métodos de lucha política y acción colectiva, y en una crítica profunda al Estado-Nación. Los estudios centrados en el surgimiento, desarrollo y cambios en la sociedad civil (movimientos sociales, asambleas barriales, protestas ciudadanas) se encuadran en esta perspectiva.

Parte de estos abordajes centraron su mirada en los eventos de diciembre de 2001, donde creyeron ver el germen de una nueva “Comuna de París” de la mano de una “multitud” viva, heterogénea y creativa, fuertemente cuestionadora de los modelos “nacional-populares” de organización social y política y capaz de actuar en la escena pública en forma colectiva y autónoma (revista *Acontecimiento*, 2003; revista *Confines*, 2003; Colectivo Situaciones, 2002; Grupo 12, 2002; Lewkowicz, 2002; Negri, 2003; Negri y Cocco 2003). Negri (2003) y Negri y Cocco (2003) enmarcaron las movilizaciones del 2001 en Argentina en un contexto más amplio de crisis-superación del Estado-Nación y de surgimiento del Imperio, en tanto cambio general en las relaciones de clases entre los países en el contexto de un mercado global. Allí, donde los reajustes de las relaciones capital-trabajo (surgimiento del “trabajo inmaterial”) revelan todo su potencial y la globalización es concebida como “un espacio abierto a un nuevo tipo de luchas” (Negri y Cocco, 2003: 54), emerge la *multitud* como una novedosa forma de subjetividad, como un “movimiento de movimientos”, amplio, múltiple y globalizado, que pone en jaque los “tradicionales” análisis en términos de clase. Desde esta óptica, las asambleas barriales, los piquetes de desocupados, las fábricas gestionadas por los propios trabajadores, las economías solidarias del trueque, los ahorristas golpeando las puertas de los bancos, aquellos que salían —cacerola en mano— a las esquinas de su barrio, y —sobre todo— su convergencia en las masivas movilizaciones del 19 y 20 de diciembre, responden a una dinámica de protestas que no puede pensarse sino como pluralidad, como existencia de los muchos —en-tanto— muchos que no constituyen un Uno. La naturaleza de esta multitud no puede ser otra que la de un conjunto de singularidades inconmensurables; estas son pura inmanencia y, por lo tanto, imposi-

bles de ser representadas. Allí no hay un *pueblo* como resultado de una articulación hegemónica (Laclau, 2005), porque ello implicaría una cierta pérdida para las singularidades que conforman la multitud; daño que derivaría de la inscripción de un “significado suplementario” (Arditi, 2007: 14) dado por lo que las múltiples singularidades tienen en común, y que habilitaría la expansión de la lógica de la equivalencia por sobre la de la diferencia, desvirtuando su potencial y productividad política. Para esta corriente “poshegemónica”,⁶ en la Argentina de diciembre de 2001 “hubo un unísono sin equivalencia y protesta e invención política sin contra-hegemonía” (Arditi, 2007: 15).

La crisis es definida, entonces, como un “éxodo” y “ruptura” (Negri y Cocco, 2003: 56-57) a nivel local del sistema capitalista y del pensamiento único neoliberal (proceso de largo alcance y a nivel global); en su punto más álgido (19-20 de diciembre de 2001) se hizo evidente, por un lado, el trastocamiento de ciertas formas de subjetivación (las tradicionales de clase) y, por el otro, su contracara, la apertura a la innovación política, social y económica. La nueva forma de subjetivación política, la *multitud* cooperante, fue, según esta narrativa, la protagonista de esta crisis y reveló su capacidad productiva política al oponerse al Estado capitalista argentino.

En un sentido semejante, análisis como los del Colectivo Situaciones (2002) dan cuenta de una “profunda transformación” en la lucha político-social, que dio lugar a un nuevo “protagonismo social” en el marco de las mutaciones del papel tradicional del Estado y de la crisis de la sociedad estatal-disciplinaria. Desde este enfoque, el movimiento insurreccional del 2001 fue protagonizado —también— por la *multitud*, que no sería ya un sujeto histórico en sentido clásico, ni el “pueblo-agente” de la soberanía, sino una potencia autoafirmativa, expresiva, autónoma, territorial e irrepresentable, inscrita en una “soberanía estallada”: “el *no* de la poblada fue una afirmación en el sentido más profundo: hay una positividad inscrita en la forma misma que asumió la negación insurreccional. Que la multitud haya actuado como única autora significa que la potencia del *no* radica, precisamente, en que no deviene poder estatal [...]. Las energías del movimiento son, a su manera, *constituyentes*” (2002: 55). Esta narrativa inscribe a la crisis en el proceso argentino de transición a la democracia iniciado en los años ochenta, en tanto entiende que los sucesos que comportó “rompie-

⁶ Arditi entiende que el prefijo “post” refiere, más que a una dimensión temporal, a un desplazamiento conceptual: dicho prefijo pretende nombrar un “afuera” de la hegemonía.

ron la tregua democrática del *Nunca más*” (2002: 9): si el fantasma del golpe de Estado asedió la escena pública durante la insurrección del 19 y 29 (de la mano de la declaración del estado de sitio, en tanto punto de inflexión), este fue conjurado por la emergencia de nuevas formas de intervención en la escena pública, autoafirmadas y enfrentadas a la centralidad estatal (2002: 43).⁷

También dentro de esta perspectiva —aunque con matices y divergencias—, encuadramos la prolífica producción de Maristella Svampa, para quien la crisis de hegemonía y ruptura del consenso neoliberal que estalló en el 2001 fue parte de un proceso de transformaciones de larga data que se inició en la década de 1970 con la última dictadura cívico-militar, tuvo un punto de inflexión con la llegada a la presidencia de Carlos Menem en 1991 y se profundizó a partir de 1995. Dicho proceso de reformas estructurales implicó el desmantelamiento de la estructura salarial *fordista*, produciendo un proceso de reconfiguración de las bases de la sociedad que se evidenció en procesos de descolectivización (Svampa y Pereyra, 2009: 14) y déficit de integración social⁸ (Svampa, 2000). La autora destaca de este contexto su particular productividad en términos sociales y políticos, en tanto permitió la apertura de nuevos espacios de acción, vinculados principalmente al cuestionamiento del sistema institucional (sobre todo del Estado), al retorno de la política a las calles (asociado a cierto espontaneísmo y con preeminencias de formas de acción directa) y a la emergencia de formas auto-organizadas de lo social (de tipo basistas), con el movimiento piquetero⁹ como uno de sus arietes. En sus palabras: “la narrativa autonomista se había ido constituyendo en la piedra de toque de la emergencia de una nueva subjetividad militante [...]. Un nuevo ethos militante, caracterizado por el rechazo a la democracia delegativa, fue surgiendo al calor de aquellos primeros meses en los que se mezclaban sentimientos de temor e incertidumbre frente a la ausencia de referencias institucionales, y

⁷ Dicho proceso es definido como “destituyente” y no apolítico, ya que propone y considera posible una nueva forma de hacer política, contraria a la institución soberana como “constitución estatal de lo social” (lo que se reveló en “que las organizaciones políticas y sindicales quedaran marginadas en las jornadas de diciembre”) (COLECTIVO SITUACIONES, 2002: 43).

⁸ Dicha crisis se manifestó en la falta de correspondencia entre subjetivación (individual) y socialización (colectiva) y se hizo particularmente evidente en las nuevas generaciones para quienes “el *trabajo* y la *política* dejaron de ser un eje central de referencia” (SVAMPA, 2000:17) [itálicas en el original].

⁹ Si bien aquí referimos específicamente al estallido del año 2001, no podemos dejar de señalar que el movimiento piquetero surgió a mediados de la década del 90 como parte de este mismo proceso de larga data que SVAMPA estudia.

una alegría instituyente de cara a las nuevas experiencias políticas” (Svampa, 2011: 21).

Podemos detectar aquí las huellas de un cierto optimismo —compartido por los trabajos previamente referidos—, que si bien no perdió de vista el elemento de desintegración social del proceso de crisis, puso el foco en el aspecto de potencialidad, de apertura al surgimiento de “nuevos protagonismos sociales y políticos” (Svampa, 2006b: 1), con nuevas formas de participación en el espacio público y novedosos repertorios de acción colectiva, cuyos protagonistas fueron —en el caso argentino— los movimientos sociales urbanos (organizaciones piqueteras, caceroleros). La centralidad de estas organizaciones piqueteras giró en torno al hecho de que, en aquel contexto de descolectivización, permitieron articular el piquete —en la ruta— con la acción a nivel barrial, instalando “la confrontación como modelo de acción” y habilitando a la vez espacios para la reconstrucción identitaria (Svampa y Pereyra, 2009: 201). De forma similar que en los textos anteriores, observamos que el nivel de productividad política que se le reconoce a estos “nuevos protagonismos sociales” transcurre a un nivel social y de base que se pretende —en gran medida— marginal en relación al Estado.

A diferencia de los autores reseñados más arriba, Svampa continuó investigando el desarrollo de estas nuevas formas de acción colectiva (con foco en las organizaciones piqueteras) en el período de posterior al 2002/2003. En este sentido, y sin perjuicio de reconocer la gran productividad política de las jornadas del 2001, no deja de señalar un conjunto de limitaciones que afectaron al proceso en general y a cada uno de los movimientos en particular y que, en cierta medida, frenaron, detuvieron o alteraron la potencia de aquellos “tiempos extraordinarios” (Svampa, 2004a: 2). La mejora de los indicadores macroeconómicos (que redujeron las condiciones de extrema fragilidad de muchos sectores), el aumento de la represión de la protesta social (con los episodios de junio del 2002 en el Puente Pueyrredón como hechos emblemáticos ¹⁰) que generó un aumento en la capacidad

¹⁰ SVAMPA (2004b) afirma que la imagen del gobierno de Duhalde se vio afectada al descubrirse la responsabilidad de la policía en el asesinato de Kosteki y Santillán en las jornadas del Puente Pueyrredón. Por un lado, este hecho fue fundamental para el llamado a elecciones anticipadas para abril del año siguiente y, por el otro, implicó que gran parte de los reclamos piqueteros fueran satisfechos desde el Estado, aumentando la capacidad de presión de los mismos. Esto generó, paralelamente, la expansión del movimiento, acompañada por un proceso de fragmentación (así, se habría gestado una dinámica según la cual todo grupo que reclamaba lo hacía con éxito haciendo aparecer la coordinación con los colectivos restantes como innecesaria).

de presión pero también un profundo proceso de fragmentación y desmovilización de las organizaciones sociales, la declinación del movimiento asambleario barrial, sumados a la saturación y desinterés por parte de amplios sectores de la sociedad frente a las sucesivas manifestaciones fueron dando lugar a una creciente “demanda de normalidad”.

En este sentido, la socióloga sostiene que una crisis generalizada como la que se produjo en Argentina en 2001 suele implicar la generación de demandas ambivalentes y contradictorias (Svampa, 2006a). Así, las demandas de construcción de una “nueva institucionalidad” —asociada a la incorporación de formas de democracia directa y participativa, pero también de formas “de auto-organización de lo social a distancia y en detrimento del mundo institucional” (Svampa 2004b: 210)— que lograron imponerse a lo largo del 2001-2002 en un clima de fuerte efervescencia social fueron progresivamente desplazadas por otras vinculadas a la “normalidad”, a un deseo de reinstitución de un orden, frente a las amenazas de disolución social. Esta “demanda de normalidad” se hizo finalmente patente en las elecciones de abril, marcadas por los bajos niveles de ausentismo y voto en blanco, los magros resultados de la izquierda partidaria y el vuelco de una parte de las bases sociales piqueteras con su voto a los candidatos peronistas menos conservadores.

Según Svampa, la consagración de Néstor Kirchner como presidente y los primeros “éxitos” de su gobierno fueron, en gran parte, logrados gracias al eco que este se hizo de aquella demanda de normalidad —intentando “encarnarla” (Svampa, 2007: 2) y “capitalizarla” (Svampa, 2006a)—, en el marco de un conjunto de políticas, un discurso —definido como una “política de gestos simbólicos” (Svampa, 2004a: 8-9)— y una “retórica” (Svampa, 2007: 2) que retomaban algunas de las demandas anti-neoliberales que los mismos sectores movilizados expresaban desde hacía varios años. En este sentido, el gobierno implementó estrategias diferenciales con respecto a las organizaciones piqueteras. Por un lado, encaró un proceso de integración, cooptación e incluso institucionalización (Svampa, 2008: 4) de aquellos sectores del movimiento piquetero pertenecientes a “corrientes afines”: por su cercanía al ideario nacional-popular, estos vieron en la figura del presidente una posibilidad de retorno a las “fuentes históricas” del justicialismo. Por otro lado, la relación con aquellas “corrientes no afines” (i.e., las corrientes antineoliberales y anticapitalistas de matriz “autonomista” y “clasista” ajenas a la matriz nacional-popular) se basó en el disciplinamiento, el aislamiento, la descalificación y la judicialización (Svampa, 2008).

Es así que, si bien desde esta óptica se reconoce que las organizaciones no pudieron constituir un proyecto alternativo que confrontara con el régimen

neoliberal en crisis (a raíz de las dificultades internas para proveer de contenidos precisos las demandas sociales de “nueva institucionalidad”, sumadas al carácter puramente destituyente y negativo de la consigna “que se vayan todos” y las limitaciones para construir solidaridades por fuera del campo militante) (Svampa, 2006a), se imputa un peso explicativo nada desdeñable a la desactivación “desde arriba” —desde el Estado, pero también de “los dispositivos clientelares” (Svampa, 2007: 12)— del potencial rupturista que estas nuevas formas de subjetivación parecían haber revelado en los “tiempos extraordinarios” de fines de 2001. La narrativa de la resolución de la crisis en clave de cooptación y neutralización de aquel potencial parece, paradójicamente, dar por tierra con el aspecto más productivo que se constataba en las nuevas formas de subjetivación, cuya capacidad de agencia parecería haberse diluido en el transcurso del proceso.

1.2. La crisis como ruptura del orden institucional

Existe un segundo conjunto de lecturas, eminentemente ubicadas en el campo de la ciencia política y la teoría política, que explican la crisis en términos de ruptura del *orden institucional* vigente desde el retorno democrático. “Crisis de representación”, “crisis de representación partidaria”, “crisis de gobernabilidad”, son algunas de las denominaciones con las que este enfoque significó el “colapso” del sistema político argentino en diciembre de 2001.

Según Pousadela, los acontecimientos del año 2001 se encuadran en una “crisis de representación” en la cual “la propia representación política se constituyó en objeto de discurso y pasó a situarse en el centro de las manifestaciones de protesta” (2006: 79), dando cuenta de una “honda brecha” entre representantes y representados. Así, la crisis de representación se inscribió en un proceso de largo alcance que Manin (1998) denomina “metamorfosis de la representación” y que alude al proceso resultante de la transición de la “democracia de partidos” a la “democracia de audiencia”. Desde esta perspectiva, la crisis puso de manifiesto, entonces, una ausencia de reconocimiento del lazo representativo, cuya máxima expresión se plasmó en las jornadas (la del 19, festiva, la del 20, trágica) de diciembre. Con actores, reclamos y modalidades novedosos, radicales e intensos, la lógica representativa fue remplazada, según Pousadela, por una “lógica de la expresión” con carácter revocatorio.

Desde una perspectiva semejante, los trabajos publicados por Isidoro Cheresky (2004a, 2004b, 2010) sostienen que lo que se evidenció en el 2001 fue una crisis de representación, es decir, un debilitamiento y posterior mutación del vínculo representativo. En el caso argentino, esta muta-

ción se encontró íntimamente vinculada a un proceso de desinstitucionalización (2010: 302) que implicó que los partidos políticos fueran perdiendo paulatinamente su rol de instituciones por las que se debía canalizar —según el “formato democrático clásico tal como se dio en los países del hemisferio norte” (2010: 302)— la representación de la ciudadanía-electorado. Dicho proceso de desinstitucionalización es inscripto en una temporalidad larga que data de mediados del siglo XX donde, de la mano sobre todo del peronismo, Cheresky encuentra un antecedente vinculado al formato movimientista que aquel imprimió a la escena política argentina. Pero la mutación del vínculo democrático, que encontró su expresión más acabada en la expansión de una “ciudadanía autónoma” y “fluctuante” (2010: 307) que no se reconocía en identidades partidarias, que se configuró como opinión pública por medio de las encuestas y que se “autorrepresentó” (2010: 306) en el espacio público de la Plaza de Mayo y las rutas del país, pero también en las esquinas de cada ciudad, cacerolas en mano, es inscripta en una temporalidad más corta, cuyo punto de despegue se sitúa en 1983 con la reinstalación del sistema de partidos y la construcción de una democracia electoral —de baja institucionalidad y con deficiencias en el Estado de Derecho, pero con respeto a las libertades públicas—.

En continuidad con el “nuevo modo de la política” (2010: 316) inaugurado por Carlos Menem, Néstor Kirchner se constituyó —según señala Cheresky— como un “líder de popularidad”, es decir, que dio forma a “un gobierno de poder concentrado cuya legitimidad se sustentaba en la opinión pública” (2010: 325). En consonancia con este análisis, Cheresky y Pousadela (2004) explican la recomposición del vulnerado vínculo político a partir de lo que denominan la “capacidad instituyente del liderazgo representativo”, muy marcada en el caso de Kirchner: una capacidad para marcar la agenda e imponer iniciativas y “acciones que tornaron posible e incluso deseable algo que no estaba presente ni había sido previsto” (2004: 31). En ese sentido y en línea con lo referido anteriormente, estos autores apuntan que en las elecciones de 2003 lo que movilizó la competencia política entre los candidatos, así como el resultado, fue más su personalidad y su capacidad de hacerse creíbles para la opinión pública que el apoyo de los aparatos partidarios. Así, parece haberse plasmado en la escena política uno de los “problemas específicos” que Cheresky identificaba como posible consecuencia de la emergencia de la ciudadanía fluctuante: el surgimiento de liderazgos políticos con altas cuotas de concentración, arbitrariedad y vulnerabilidad en el ejercicio del poder (2010: 302), resultado de la ausencia de contención que las instituciones partidarias deberían proveer.

En un texto publicado en el año 2003, previo a las elecciones presidenciales y al calor de la crisis, Torre (2003) afirma que la del 2001 debe pensarse menos en clave de crisis representativa que en términos de crisis de “representación partidaria”: no se trató, según el autor, de un cuestionamiento a la democracia como régimen, y tampoco de un fenómeno de “resignada desafección política”, sino que la crisis debe entenderse como un rechazo de los ciudadanos a los partidos políticos vigentes y a sus dirigentes (cuyo corolario no fue otro que la renuncia del presidente en diciembre de 2001). Son, entonces, los partidos políticos, las “familias políticas”, los que entraron en crisis, con la consecuente desvinculación de la ciudadanía de su condición de electores sectorizados (derecha, centro, izquierda, y sus variantes). Esta crisis de representación partidaria no afectó, ciertamente, a todos los partidos por igual: en efecto, es en el polo no-peronista donde se manifestaron con mayor vehemencia —en el largo plazo y de manera contundente en las elecciones legislativas de octubre de 2001— la volatilidad del voto, el cambio en las coaliciones electorales y, como corolario, la crisis del vínculo entre partidos y ciudadanía. Si en octubre de 2001 la Alianza y Acción por la República (el partido fundado por el exministro de economía de Carlos Menem y mentor del Plan de Convertibilidad, Domingo Cavallo) perdieron un importante caudal de votos, dentro del peronismo, en cambio, la fidelidad del electorado no se vio mayormente afectada.¹¹

Esta crisis de representación partidaria se explica por diversos factores, que ciertamente exceden las “fallas de rendimiento” de los partidos: la desafección partidaria depende, según Torre, del hecho de que los ciudadanos atribuyan la brecha entre sus expectativas y los resultados al mal desempeño de los dirigentes —y no a otros factores—. En esta brecha entre los votantes y sus dirigentes partidarios se cifra, entonces, la crisis del lazo representativo. Desde una mirada de largo alcance, esta crisis de representación debe pensarse como el “síntoma” de un proceso aún más amplio y que encuentra sus raíces en los cambios acaecidos en la “cultura política de franjas significativas del electorado”, cambios en los criterios de valoración y tolerancia, en las exigencias y las expectativas hacia los políticos, desplazamientos de la participación política desde el Estado o los partidos hacia la sociedad civil que derivaron en una “puesta en discusión del vínculo de la representación partidaria” (2003: 657) y en un progresivo descrédito hacia

¹¹ La Alianza perdió 59,7 %, APR 87 % y el PJ, solo 12,2 % de sufragios con respecto a las elecciones nacionales de 1999 (TORRE, 2003: 654). En contrapartida, el partido Argentina por una República de Iguales (ARI, cuya líder era Elisa Carrió), surgido meses antes de las elecciones, acumuló más de 1.600.000 votos.

la clase política. En paralelo, en las últimas décadas, los propios partidos habían visto significativamente menguada su capacidad de dirigir políticas públicas en favor de actores extragubernamentales —minorías activas, medios de comunicación, organizaciones de la sociedad civil— que tomaron la delantera. Estas mutaciones en el plano de la “sociedad civil” delinearon, entonces, el fracaso de las nuevas formaciones políticas, que no lograron renovarse suficientemente para superar las críticas a los partidos tradicionales y así “cerrar la brecha representativa”: “así las cosas, la onda expansiva del voto de protesta de 2001 condujo a la destrucción del segmento partidario ocupado por los sectores que han sido la principal fuente de innovación política en el país, ratificándolos en su condición de huérfanos de la política de partidos” (2003: 660-661).

En este marco, a meses de las elecciones presidenciales de 2003 y a veinte años de la transición democrática, Torre se pregunta si el momento crítico que atravesaba la Argentina no podía ser visto como el inicio de una “segunda transición”, en cuya agenda la crisis de representación partidaria ocuparía un lugar central y cuyo desenlace se cifraría, según el autor, más en términos de un reequilibrio que de una transformación del sistema de partidos. Si el futuro de la UCR aparecía como incierto, Torre concluye que “[d]e la resolución de la ecuación peronista depende que el perfil de las ofertas partidarias se despliegue más nítidamente a lo largo del eje izquierda-derecha” (2003: 664).

En su estudio sobre la “debacle” del 2001 (definida como una “fenomenal crisis que se abatió sobre el sistema político y la economía argentina”, que comenzó a gestarse durante los noventa y estalló en diciembre de 2001), Novaro (2002) pone menos el foco en el vínculo representativo que en la “crisis del núcleo de gobernabilidad” de la coalición gobernante de la Alianza para sostenerse en el poder: “El descarrilamiento del frágil cuadro de gobernabilidad con que inició su gestión Fernando De la Rúa, hacia una debacle de proporciones epocales [...] se constituiría de este modo en la experiencia más extrema de descomposición política, institucional, económica y social experimentada desde el fin de la última dictadura militar” (2002: 18). Según el diagnóstico de Novaro, que se sitúa en el largo plazo para evaluar los factores “inevitables” de la crisis, pero lo hace en el corto plazo¹² para sopesar aquellos factores “evitables” —es decir, los “errores de apreciación, de decisión y de gestión co-

¹² Vale destacar que, para NOVARO, el recorte temporal de la crisis se inicia “con la renuncia de Carlos ‘Chacho’ Álvarez a la vicepresidencia, en octubre de 2000, y [se desata] definitivamente con la resignación del propio presidente” (2002: 18).

metidos durante la misma administración de la Alianza” (2002: 19)—, la crisis del 2001 debe abordarse atendiendo a tres dimensiones: en primer lugar, la incapacidad de la coalición de gobierno para consolidar un liderazgo y para controlar los resortes institucionales: esta incapacidad tenía sus raíces tanto en la estructura organizativa de la Alianza como coalición partidaria —compuesta por partidos con desigual influencia, con divergencias ideológicas y programáticas profundas y problemas de organización interna—, como en las características de sus líderes ¹³ (también con sus diferencias ideológicas y programáticas). En segundo lugar, la errónea evaluación sobre el alcance de la crisis económica, con la consiguiente fragmentación dentro del propio gobierno con respecto a las acciones a seguir. Por último, las crecientes divisiones y disputas dentro del bloque de poder que resultaron en el “quiebre del vértice gubernamental” (cuya máxima expresión fue la renuncia del vicepresidente, Chacho Álvarez, el débil y maleable liderazgo de Fernando De la Rúa, la incongruente conformación del gabinete nacional y, por último, la imposibilidad de concluir la gestión gubernamental) y en el “colapso del que fuera durante diez años el recurso esencial de gobernabilidad en la Argentina, la convertibilidad monetaria” (2002: 37).

Desde una mirada de conjunto y de largo alcance, lo que para Novaro entró en crisis en el año 2001 fue un extenso proceso de aprendizaje y maduración que la clase política argentina había emprendido tras el retorno democrático, tanto en términos desaprovechamiento de oportunidades como de capacidad de innovación y creatividad frente a situaciones críticas. Para el autor, si los dos presidentes anteriores a De la Rúa habían hecho un uso mínimamente provechoso de las oportunidades políticas provistas por las distintas crisis a las que se fueron enfrentando, ese “ciclo virtuoso” de aprendizaje e innovación se vio súbitamente interrumpido en diciembre de 2001.

¹³ En el caso de De la Rúa, el autor señala que una de sus principales debilidades consistía en la divergencia entre su liderazgo “partidario” y su liderazgo “público”, que parecía independiente del primero. En el caso de Chacho Álvarez, dichas debilidades aparecieron asociadas a su condición de principal e indiscutido referente dentro del Frente Amplio (partido integrante de la Alianza), pero con un ejercicio del liderazgo que tenía como contrapartida índices de disciplina bajos y en el marco de una estructura partidaria de círculos concéntricos que no garantizaba la institucionalidad suficiente para organizar a su tropa. Por razones distintas, ambos apostaron a desmarcarse de las estructuras partidarias de base para avanzar en un frente “abierto a la sociedad”, transversal y capaz de superar al menemismo. Eso derivó en el progresivo desgajamiento del Frente Amplio tras la renuncia de Álvarez y en el distanciamiento del presidente de la UCR (TORRE, 2003: 653).

A partir de aquí cabe preguntarse cómo evalúa el autor, entonces, la “salida” de esa fenomenal crisis política: ¿logró el kirchnerismo retomar el camino iniciado en la transición democrática o, por el contrario, acentuó los vicios que llevaron a la crisis? Es en un texto posterior donde Novaro ofrece algunas respuestas a este interrogante. Su hipótesis es que el ascenso del kirchnerismo al poder tras el derrumbe del gobierno de la Alianza supuso un “nuevo y sorprendente giro” para la política argentina, de la mano del surgimiento de una corriente progresista dentro del peronismo que fomentó, por un lado, la “polarización entre el gobierno, encarnación de los valores del progreso y la justicia, y ‘la reacción’” (Novaro, 2006: 3), y que, por otro, “colocó a las fuerzas de izquierda y centroizquierda frente a un dilema [...]: sumarse y colaborar con su gobierno, con el riesgo muy palpable de diluirse en el océano peronista, o intentar diferenciarse para construir un espacio propio y autónomo, con fuertes posibilidades de terminar aisladas y volverse irrelevantes” (2006: 23).¹⁴

En una clave muy similar abordan Cherny, Feierherd y Novaro (2010) el proceso de recomposición de la autoridad y el poder presidencial posterior a la crisis del 2001. El punto de partida de los autores es que dicha crisis ofreció un prisma privilegiado para evaluar las características del presidencialismo. En este sentido, la hipótesis que propone el texto es que la presidencia de Néstor Kirchner “superó rápidamente un contexto inicial de debilidad electoral y fragmentación partidaria, logrando una fuerte concentración del poder en el presidente”, por lo que es posible concluir que “tras la crisis de 2001-2002, ni todo sigue igual en la política argentina, ni los cambios refrendan o desmienten las posiciones más optimistas sobre los cambios ocurridos” (2010: 16). Si el punto de partida de la gestión de Néstor Kirchner fue desventajoso (crisis económica, debilidad electoral, fragmentación partidaria), los autores argumentan que este hizo de esos obstáculos una oportunidad: “El desajuste entre percepciones pesimistas y oportunidades resultó, por tanto, fundamental para la popularidad que alcanzó Kirchner desde el comienzo mismo de su mandato” (2010: 23).

Ese proceso creciente de recomposición de la autoridad presidencial se apoyó, según los autores, en diversos factores: acumulación de recursos (fiscales, políticos y económicos) en el Poder Ejecutivo y maximización de la maniobra presidencial, control sobre las distintas fracciones dentro

¹⁴ Aunque desde otro ángulo y en referencia a otros actores (en este caso, la izquierda, el progresismo), vemos aquí un retorno del tema de la “cooptación” que ya había sido diagnosticado por SVAMPA (2007:10 y 2008:4).

del partido peronista y consiguiente conquista de mayoría legislativa, “diferenciación respecto de políticas públicas hasta entonces dominantes” (2010: 16) y aumento de la “popularidad personal” del presidente.

En definitiva, los estudios abordados en este apartado ofrecen dos diagnósticos sobre la “crisis del 2001”: por un lado, se entiende que ella constituyó un punto de ruptura en el vínculo representativo, y, por el otro, se la define en relación a un quiebre del “vértice gubernamental” y a la pérdida de capacidad de gobierno —“governabilidad”— por parte de la dirigencia política. Entendemos que estos diagnósticos enfocan sus análisis en el nivel de “la política”¹⁵ entendida en forma acotada, como el conjunto de actores y prácticas asociados a la construcción de un orden institucional¹⁶ y de un cierto tipo de vínculo representativo, así como a la definición de políticas públicas (en tanto resolución de problemas¹⁷). Las preguntas que han guiado estas investigaciones giraron en torno a las condiciones de gobernabilidad durante el período previo y posterior a los sucesos de diciembre de 2001 y a la construcción de liderazgos políticos (Novaro, 2002), así como su vínculo con el rol de la ciudadanía y la opinión pública (Cheresky, 2010). Concomitantemente, produjeron un diagnóstico relativamente compartido: algo del vínculo representativo (entre representados y representantes, dos niveles nítida y topográficamente delimitados entre “la sociedad” y “la política”) se había quebrado y ello se manifestó como “crisis de representación” (Pousadela, 2006), como “mutación del formato democrático” y “debilitamiento de la identificación político-partidaria y movimientista” (Cheresky, 2010), al tiempo que reve-

¹⁵ Retomamos aquí la distinción entre *la política* y *lo político* que MARCHART (2009) define como “diferencia política” y a partir de la cual se pretende resaltar la dimensión conflictiva de *lo político* como tiempo-espacio de institución de un orden social (particular y contingente). MARCHART reúne las propuestas teóricas de diversos pensadores (como Carl Schmitt, Ernesto Laclau, Claude Lefort y Hannah Arendt) que incluye dentro de la corriente “posfundacional”.

¹⁶ Esta preocupación ha signado el desarrollo de la ciencia política argentina en su proceso de consolidación como disciplina (es decir, durante el proceso de transición a la democracia de principios de la década del 80) (SCILLAMÁ, 2007).

¹⁷ Remitimos aquí a la distinción entre *cuestión* y *problema* según la define J. C. MILNER (2007). Mientras la primera se produce en el orden del lenguaje, entre seres hablantes, y reclama una *respuesta* que no puede nunca ser suficiente (por lo que la cuestión permanece siempre abierta), la segunda pretende para sí una *solución*. En la medida en que el *problema* detenta un estatus de objetividad (neutral, identificable, delimitable) y que, por lo tanto, puede ser efectivamente cerrado, administrado técnicamente gracias a políticas públicas apropiadas, esa categoría ocluye la dimensión conflictiva de lo político.

ló, por otro lado, la incapacidad de los elencos gobernantes de garantizar la gobernabilidad (Novaro, 2002). Este conjunto de lecturas de tipo *institucionalista* han ubicado la situación crítica —lo que entró en crisis— en la esfera de *la política*, puesto que sus instituciones —sistema de partidos, poderes del Estado— y actores —representantes políticos, en el gobierno o fuera de él— se revelaron como insuficientes y/o ineficaces para garantizar en forma estable un cierto orden político, de gobierno y de administración.¹⁸ Desde esta óptica, entonces, el proceso de “salida” de la etapa crítica se produjo también “(desde) arriba”, es decir que fue entendido en clave de recomposición de la autoridad política (Novaro, 2002; Cheresky, 2004a), gracias a la concentración del poder en el Poder Ejecutivo y el liderazgo fuerte de Néstor Kirchner (Cherny, Feierherd y Novaro, 2010), cuya legitimidad se sustentaba en la opinión pública (Cheresky, 2010: 325).

1.3. El 2001 como crisis de sentido(s)

Por último, es posible reponer un tercer conjunto de trabajos cuya perspectiva atraviesa, problematiza y cuestiona algunas de las distinciones sobre las que se fundan los dos enfoques referidos anteriormente. Aludimos aquí a aquellas lecturas de los sucesos del 2001 en clave de crisis de representatividad (Rinesi y Vommaro, 2007) y de hegemonía (Biglieri y Perelló, 2007; Muñoz y Retamozo, 2008), o como “quilombo” (Pérez, 2008a, 2008b, 2013a y 2013b) en tanto momento clave de la puesta en evidencia de la condición dislocada de toda estructura social (Barros, 2013; Biglieri y Perelló, 2003). La riqueza de estos textos radica, creemos, en que ellos ponen sobre el tapete la relación entre *la política y lo social*, tensionando las preeminencias asignadas por los enfoques anteriores a cada una de esas esferas y, por ende, poniendo en crisis la distinción misma. Vale destacar que, por ser posteriores en el tiempo, este conjunto de textos hace más hincapié en el análisis del discurso kirchnerista que en el desentrañamiento de la crisis del 2001. Sin embargo, dado el propósito de nuestro trabajo, examinaremos estos textos atendiendo especialmente al tipo de nexos que ellos establecen entre el surgimiento del kirchnerismo y

¹⁸ CHERESKY sostiene, en este sentido, que “el dispositivo institucional que caracterizaba el régimen democrático se ha debilitado” (2010: 302) y que los nuevos liderazgos que surgen en este proceso de mutación están (más que antes) sujetos a los designios de la opinión pública, canalizados de formas más fragmentadas, como es el caso de las encuestas y las manifestaciones callejeras. La forma de la representación democrática que surge en este contexto es concebida como más precaria e inestable.

dicha crisis, bajo el supuesto de que, al igual que en los autores abordados anteriormente, a partir de la lectura que realizan sobre el primero es posible reponer una interpretación sobre la naturaleza de la segunda.

Los trabajos de Biglieri y Perelló (2003, 2007) se declaran deudores del marco teórico posestructuralista que provee los principales instrumentos de análisis de la crisis del 2001 y del fenómeno kirchnerista. La elección de este enfoque responde explícitamente, según las autoras, al hecho de que “para la generalidad de la teoría política moderna como para la contemporánea, la política es considerada como una dimensión secundaria o derivada respecto de lo social o de una esfera anterior y primordial y, consecuentemente, la ubican en un ámbito o subsistema de aparición determinado” (2003: 2). Adicionalmente, la presunción de existencia de un sujeto político preconstituido (el proletariado, la clase obrera o —agregamos— la multitud) también es visualizada como un obstáculo epistemológico para aprehender lo acontecido en diciembre de 2001. Es, entonces, la pregunta por la irrupción de modalidades políticas novedosas, por el sujeto político allí constituido y por el estatuto mismo de lo político la que guía estos textos. Desde este enfoque, los sucesos de la noche del 19 de diciembre deben entenderse como un “estallido del orden Simbólico-Imaginario” y como la “irrupción de lo Real” lacaniano, es decir, como el “desmoronamiento de la ilusión ideológica [que] permitió la confrontación con lo Real. Un Real o antagonismo que desde lo fenoménico mismo se hizo oír como puro ruido del batir de cacerolas, ruido sin palabras ni consignas, de los vecinos lanzados a las calles sin una identidad colectiva constituida a priori” (2003, 11). De modo que la configuración hegemónica resultante de dicha irrupción se articuló en torno al significante “que se vayan todos”¹⁹ que representó y puso en equivalencia una serie de elementos diferenciales (ahorristas, desocupados, ciudadanos descontentos) vinculados metonímicamente: “Los acontecimientos del 19 de diciembre se organizaron, tomaron sentido una vez puestos en cadena y en una determinada temporalidad, y así cobraron significación de protesta social en tanto demandas articuladas hegemónicamente” (2003, 11).

En este marco de incipiente formación hegemónica en torno al significante “que se vayan todos”, el kirchnerismo surge como el “gran lector” de la crisis del 2001 (Biglieri y Perelló, 2007: 66), es decir, como factor articulador de una nueva hegemonía a partir de la dicotomización inicial del espacio social —en sus comienzos— en un Nosotros —“el pueblo argentino”—

¹⁹ Más adelante, las autoras dirán que la consigna “que se vayan todos” ancló, a su vez, en un punto nodal asentado sobre el significante “corrupción” (2007: 67).

y un Ellos —el FMI, los acreedores privados, el neoliberalismo, la Corte Suprema de los noventa, entre otros—. La construcción de esa nueva hegemonía se produjo, según las autoras, por el establecimiento de una frontera en el espacio social que implicó la nominación de los “amigos” y “enemigos” permitiendo la articulación de las demandas circulantes en la época y la consecuente interpelación de nuevas identidades políticas. En este sentido, las autoras sostienen que Néstor Kirchner respondió “directamente a la configuración entablada en oportunidad de la crisis del 2001 al dar respuesta a [las] demandas” de los actores en juego. El proceso de interpelación llevado a cabo por el Presidente a los diversos actores sociales —Madres de Plaza de Mayo, movimientos sociales, “vecinos o ciudadanos comunes”— se articuló en oposición a la “clase dirigente corrompida” (2007, 67).

También Barros (2013) explica el surgimiento del kirchnerismo en términos de articulación hegemónica. El argumento del autor parte de que el kirchnerismo surgió de una dislocación estructural, esto es, de una situación que se presentaba como crítica y que constituyó un terreno de posibilidad para el advenimiento de nuevas demandas y discursos políticos. Pero, aclara, ninguna situación de dislocación se produce en un terreno completamente nuevo, ya que “siempre quedan trazos de una ‘relativa estructuralidad’ en la que la nueva demanda ancla sus pretensiones organizadoras de las estructuras de sentido” (2013: 37), estructuralidad que sobredetermina los procesos históricos.

En este contexto, el origen del discurso kirchnerista respondería a una lógica de articulación de “una serie de identificaciones políticas plurales y diversas que habían comenzado durante los años 90 con las organizaciones sociales piqueteras y que consolidaron un espacio identitario en la crisis del 2001 y su posterior recomposición” (2013: 39). Es la articulación de esas demandas plurales a partir de un discurso “disponible” —aquel provisto por la tradición del primer peronismo, más en las “formas” que en los “contenidos”— lo que otorgó identidad al kirchnerismo: “El discurso kirchnerista consiguió ocupar un espacio que de algún modo ya estaba disponible, y que estaba estructurado alrededor de los contenidos y articulaciones de esas identificaciones populares, junto a las clases medias ahorristas e hipotecadas que velaban el menemismo y el progresismo medioalto asambleario. El anudamiento kirchnerista de esta pluralidad de identificaciones que se salían del lugar de ciudadanos de ciclos bianuales, despolitizados bajo categorías demográficas como vecindad y/o habitante, aparece como el rasgo que permitió al kirchnerismo tender un puente al primer peronismo” (2013:39). Barros plantea así un análisis en dos tiempos: si bien la tradición populista que surge con el kirchnerismo abrevia, en el largo pla-

zo, en el primer peronismo, encuentra la condición de posibilidad de su resurgimiento en la ruptura, en el corto plazo, con el discurso del alfonsinismo y el menemismo. A diferencia de estos discursos, caracterizados como “articulaciones institucionalistas”, el kirchnerismo debe pensarse según Barros como una articulación populista, i.e., “un discurso de inclusión de una parte que no estaba articulada como tal y que, en el proceso de inclusión, realiza una ruptura con el discurso institucionalizado” (2006: 4, traducción propia).²⁰

El recurso a la expresión lunfarda “quilombo” permite a Germán Pérez (2008a, 2008b, 2013a y 2013b) resumir el carácter y la magnitud que comportaron los sucesos del año 2001: una dislocación en el seno de lo social de las formas de identificación preexistentes y de las formas de representación, entendida no como cristalización institucional en un régimen político, sino como crisis de “los fundamentos de lo representable” y “forma abismal de destitución de los vínculos que regulan la convivencia social” (Pérez, 2013b: 103-104). Las jornadas de diciembre de 2001 fueron el punto más álgido (pero no la culminación, porque el proceso continuó su curso durante el año siguiente) de la desarticulación de un “modelo”, de un conjunto relativamente estructurado de formas de concebir y vivir el mundo, condensados en ciertos vínculos sociales neurálgicos: dinero, propiedad y autoridad política.

El punto de inflexión del proceso es situado por Pérez en la “insurrección popular” (Pérez, 2013a: 55) constituida por las movilizaciones de los días 19 y 20 de diciembre resultante del contundente rechazo de amplios sectores de la sociedad a la declaración del estado de sitio del 19. El sintagma “que se vayan todos” —consolidado en dichas jornadas como punto nodal de las demandas circulantes en los cacerolazos, piquetes y asambleas barriales— es leído, en esta clave, más que como un discurso antipolítico, como parte de un proceso de politización de espacios cotidianos —la calle, el balcón, la plaza del barrio). Dicho proceso comportó un carácter fuertemente democrático, puesto que lo que se puso en disputa fue una forma de procesar el conflicto (vinculada al discurso tecnocrático-neoliberal de la administración y “los expertos” que pregonaba la autorregulación de lo so-

²⁰ De allí que en el discurso de Kirchner la “unidad nacional” se vincule con la inclusión y la justicia, elementos que no son tomados en términos neutrales, imparciales ni puramente institucionales sino como resultado de un compromiso ético. En el mismo sentido interpreta el autor la inclusión de los “excluidos de los 90” y la “desterritorialización” de demandas plurales, fragmentadas y diseminadas en una identificación nacional (BARROS, 2006).

cial y del mercado) mediante “la recuperación del componente de construcción autónoma de la soberanía popular” (Pérez, 2013a: 55). Pero este “movimiento social multifacético y disruptivo” no detenta un rol privilegiado en este esquema; su contracara, con el mismo peso explicativo, es un “sistema político institucional dañado en su legitimidad”, falto de propuestas programáticas capaces de articular las demandas de aquel o, lo que es lo mismo, sin capacidad de construcción hegemónica.²¹

Por otro lado, resulta significativo el vínculo íntimo que este esquema postula entre *política* y *democracia*, que se consolida en el espacio abierto por el surgimiento de nuevas formas de acción colectiva, participación y deliberación pública. A su vez, y en consonancia con esto, “diciembre de 2001” emerge como “un paso decisivo” hacia el fin de la transición iniciada en 1983 por ser la manifestación clara del “fin del miedo” (a un nuevo golpe de Estado o a la reedición de la hiperinflación) sobre el que se había gobernado desde aquel momento: la sociedad estalló asumiendo un nuevo protagonismo (Pérez, 2013b: 104). Es en esta grieta que se sitúa el surgimiento del kirchnerismo, como proceso de refundación de la autoridad política (luego de un primer momento de “salida” de la crisis provisto por el gobierno de Eduardo Duhalde, quien “[recompuso] levemente la autoridad presidencial y el funcionamiento estatal” (Pérez, 2013a: 56), tras la seguidilla de presidentes de diciembre del 2001). Kirchner se impuso, así, como “fino hermeneuta del quilombo, por extrema necesidad” (Pérez, 2013a: 61). En consonancia con lo señalado por Rinesi y Vommaro (2007), Pérez ve allí un fenómeno de hibridación de tradiciones que articuló elementos del liberalismo democrático (protección de derechos, combate a privilegios que atentan contra la libertad) con componentes republicanos —compromiso ético con lo público, involucramiento con la política—. Es en esta misma condición híbrida donde Pérez localiza las deficiencias del proceso, dado que un cierto recelo hacia el disenso habría dificultado la consolidación de una esfera pública no estatal (que las movilizaciones del 2001 pusieron sobre el tapete), cercenando la posibilidad de la institucionalización de relaciones entre “la sociedad movilizadora y el régimen político” (Pérez, 2013a: 61). Queda en evidencia, en este último punto, que lo que subyace a esta lectura es una concepción del proceso en clave de crisis de hegemonía (crisis orgánica), según la cual, lo que “estalló” fue “una comunidad de concepciones del mundo” (Pérez, 2008b: 6), los lazos sociales, es decir, “la sociedad”, pero también (y sobre todo) sus vínculos con *la política*, el Es-

²¹ Esta dinámica constituyó lo que PÉREZ denomina “empate hegemónico” (PÉREZ, 2013a: 56).

tado y las identidades. Dicho de otro modo, los textos de Pérez dejan entrever que lo que entró en crisis en la “crisis del 2001” fueron, justamente, los vínculos entre *lo social y la política* o, lo que creemos es lo mismo, la forma en que es posible comprender *lo político* mismo.

En una clave semejante se ubica el texto de Rinesi y Vommaro (2007) ya referido. El abordaje de “la crisis” que desarrollan estos autores radica en una complejización de la noción de “crisis de representación” (como la que referimos en los trabajos de Novaro) en términos de *crisis de representatividad*. Aprehender el 2001 en esta clave permite poner el foco, al igual que Pérez, en la dimensión simbólica del proceso, en la crisis de las creencias sobre lo establecido. Lo que se vio cuestionado, según esta mirada, fue la *legitimidad* del lazo de representación, “la impresión, esa sensación”, la creencia, en suma, de que “esos representantes nuestros tienen algo que ver con nosotros, de que son *representativos* de nuestros propios valores” (Rinesi y Vommaro, 2007: 425, subrayado en el original).

La noción de *crisis de representatividad* es aquí concebida, entonces, como un distanciamiento entre “los representantes” respecto de los ciudadanos (2007: 444): lo que, desde esta perspectiva, entró en crisis no fue el “principio de representación (*es decir*, de la separación) como principio organizador de la vida política, *sino, exactamente al revés, su pleno triunfo*” (Rinesi y Vommaro, 2007: 424, subrayado en el original). Es decir que la noción de crisis de representatividad alude al “triunfo” de aquella separación y al énfasis en el aspecto vertical del lazo representantes-representados, que implica la pérdida de legitimidad del lazo representativo. La hipótesis de trabajo de los autores parte, entonces, de la siguiente pregunta: ¿cómo se generó la sensación de que el lazo de representación ha perdido su legitimidad, o en otras palabras, que ha dejado de ser representativo? La respuesta ofrecida aborda la centralidad de *la palabra* (de los representantes del pueblo o de aquellos que aspiran a serlo) en tanto “capacidad para articular discursivamente ideas, sentimientos y propuestas, diagnósticos, programas y justificaciones de esos programas, argumentos, compromisos y promesas” (2007: 426), es decir, para construir una confianza que sostuviera aquel lazo como legítimo —representación representativa—. Esa palabra debía poder además interpelar y hacerse carne en un público movilizadísimo activo (2007: 427) que no sólo se reconociera en ella, sino que también *la tomara* para sí y con respecto a un otro, generando un compromiso basado en una promesa (en términos arendtianos).

Precisamente esta tarea de construcción de una nueva credibilidad del lazo representativo y de la palabra política es el desafío que, al entender de los autores, Néstor Kirchner enfrentó exitosamente desde su asunción, al recoger las banderas y los pedidos de renovación de las movilizaciones

populares del 2001 y al escuchar asimismo las demandas de orden (avalando, por ejemplo, el accionar “pacificador” de Duhalde): Kirchner sería, así, tanto “hijo del 2001” como “del 2002”. A esto se agrega un segundo elemento decisivo, relativo a la comprensión “del cambio de los modos de aparición de *la gente* que trajo [aparejado] diciembre de 2001” (2007: 458).²²

Esas dos instancias de las que Kirchner es “hijo”, la del conflicto o momento polémico del 2001 y la del orden o momento sistémico del 2002, remiten, para los autores, a la cuestión del populismo: la constitución de una frontera Nosotros/Ellos y la vocación hegemónica “más acá” de la dicha frontera. *Populismo y hegemonía* emergen así como las dos caras de la moneda de todo proceso de construcción política. Es en este sentido que Kirchner habría dado pasos en la constitución de un lazo de representación legítimo —representativo— articulando “discursivamente programas, razones y promesas verosímiles y capaces de interpelar exitosamente a la ciudadanía, [generando] en ella la confianza y credibilidad que ese lazo requiere” (2007: 465). El punto central de este enfoque es el papel que se le reconoce a la palabra *política*. “Kirchner ha dicho algunas cosas” (2007: 466), adoptó una gramática y unos temas no impuestos en el espacio mediático, emancipó esa palabra política del lenguaje técnico-económico y le otorgó cierta autonomía (y, por ende, productividad propias), a la vez que introdujo ciertas palabras de indudable contenido polémico que permitieron el reconocimiento e identificación de ciertos sujetos políticos.

Para finalizar, los autores señalan algunas limitaciones en este proceso, en relación con los peligros de que los gestos o palabras-gesto puedan quedar “en el aire” si no son articulados a otras palabras que los carguen de sentido. Por otro lado, los autores insisten en la importancia de que esas palabras entren en diálogo “con la fuerza de la movilización popular” (2007: 468) que las tome, las haga suyas, las discuta y/o las refuerce aportando otras asociadas —positiva o negativamente—.

En definitiva, este tercer enfoque, centrado en los aspectos simbólicos y discursivos del proceso de la crisis del 2001 y de su resolución a partir de 2003, la aborda como una dislocación, una crisis de representatividad o una crisis de hegemonía, cuya principal característica habría sido la pues-

²² Destacan los autores, en este sentido, la actitud negociadora del Presidente con algunas corrientes piqueteras, la atención a los reclamos organizados, la decisión de no reprimir las movilizaciones sociales, etc.

ta en suspenso de un cierto orden vigente de creencias, certezas y evidencias de sentido. En este sentido, luego de los episodios más álgidos (diciembre de 2001) habría tenido lugar un proceso de recomposición hegemónica centrado en el rol de la palabra política. Sostenemos que el foco colocado en la dimensión discursivo-simbólica del proceso permite identificar un trastocamiento y una puesta en suspenso de la propia distinción entre *lo social* y *lo político* y, por lo tanto, de la propia relación representativa, que se erige así como el locus de una relación tensional —representante-representado—, en la que se pone en juego —sobre todo— la propia identidad de los elementos en tensión. Entendemos que para estos autores fue lo político (en tanto aquella instancia de articulación de sentidos —siempre en conflicto con otros posibles— en torno a lo común de una comunidad) lo que habilitó, tras el estallido, articular discursivamente demandas y consignas circulantes, creando las condiciones de posibilidad para el surgimiento de nuevas subjetividades políticas y comportando —por lo tanto— carácter instituyente y primigenio.

Reflexiones finales

A lo largo de estas líneas hemos procurado presentar una revisión crítica de un conjunto relativamente extenso de estudios que, desde las ciencias sociales, abordaron “la crisis del 2001” en alguna de sus múltiples dimensiones. Dicha lectura tuvo como objetivo rastrear las formas en que esos textos definieron tanto la propia crisis como sus vínculos con la etapa posterior (2002-2003).

Por un lado es posible afirmar que los análisis incluidos en el primer enfoque, que pone foco en “la multitud” y en los movimientos sociales como instancias colectivas críticas al Estado, se fundan en una escisión teórico-política que distingue, tajantemente, entre lo social y lo político. Estos textos inscriben el proceso crítico en una temporalidad larga, vinculada al desarrollo y declinación de la sociedad salarial a escala mundial y, a nivel nacional, a la instauración del modelo socioeconómico neoliberal en la última dictadura militar y su profundización durante la década de gobiernos menemistas; es en este contexto que se analizan los procesos de subjetivación social y las nuevas formas de acción colectiva. En mayor o menor medida, desde este enfoque los movimientos sociales y organizaciones surgidas “desde abajo” aparecen como actores autónomos sustraídos de la lucha política, mientras que esta última es relegada al terreno de lo institucional (en términos de Estado, partidos políticos o sindicatos) y calificada de instrumental, rígida, estructurada y verticalista, en clara oposición a la autono-

mía, la horizontalidad y la territorialidad que caracterizarían a los movimientos sociales. La “salida” de la crisis —con el retorno de la “normalidad” institucional, una cierta recuperación de los índices económicos y el consecuente realineamiento de la militancia de base como aliada u opositora al gobierno (Pérez y Natalucci, 2012)— es pensada, entonces, como el fracaso de la prometedor potencia instituyente de los movimientos sociales, resultante de su cooptación, su integración o su disciplinamiento (Svampa, 2006b; 2007; Schuttenberg, 2012) por parte del Estado.

Por su parte, el segundo enfoque enmarca la crisis en el contexto democrático posterior a 1983²³ y la define como “de representación”, “de representación partidaria” y “de gobernabilidad”. Como vimos, con la mirada en el sistema político y sus instituciones (Congreso, partidos políticos, líderes), estos trabajos también zanján aquella escisión teórico-política que encontramos en el primer grupo. A partir de los diagnósticos propuestos —centrados en las dificultades de los partidos políticos y las instituciones del sistema democrático para canalizar las demandas del electorado y la ciudadanía—, la recomposición política (Novaro, 2006) se explicó por el fuerte liderazgo de Kirchner así como por la concentración del poder en el Poder Ejecutivo (Cherny, Feierherd y Novaro, 2010). Pero es precisamente lo que estos autores toman como premisa del análisis —i.e., la existencia de una ruptura del lazo representativo, la débil gobernabilidad, la ausencia o surgimiento de líderes— lo que, según entendemos, debe ser explicado. Algo similar sucede con los componentes como la “popularidad personal” del líder, la “capacidad” instituyente o la gobernabilidad, que aparecen como causa explicativa del proceso de recomposición política posterior al 2003, y que deben ser ellos mismos explicitados y develados.

Vale la pena insistir en el hecho de que ambos grupos de investigaciones dan por efectiva la distinción entre la sociedad y la política (y, por ende,

²³ Si bien los textos de CHERESKY (2010) y POUSEDELA (2006) remiten —retomando a MANIN— a un proceso de más larga data, el de metamorfosis de la representación, colocan como punto de inflexión el año 1983. La campaña electoral de ese año, señala POUSEDELA (2006), “fue la última de la vieja época y la primera de la nueva era” (2006:66), dando inicio al período democrático más extenso de la historia argentina y marcando, en cierta forma, la consolidación de la dinámica de la democracia de partidos (2006:65). En forma similar, el texto de TORRE (2003) y los de NOVARO (2002, 2006) piensan el proceso del 2001 en línea con la transición democrática iniciada en 1983 (mientras el primero se pregunta por la posibilidad de pensar aquel proceso como una “segunda transición” hacia un nuevo equilibrio de las fuerzas políticas, el segundo resalta la incapacidad del gobierno aliancista de hacer de la crisis una oportunidad, como sí lo habían hecho Alfonsín y Menem en sus respectivas presidencias).

también el Estado) y, a partir de ello, le atribuyen a cada una preeminencia explicativa. Sobre esa base, juzgan, además, la crisis y la “salida” de modo diferencial. En el primer conjunto de estudios encontramos una visión predominantemente optimista del proceso que encontró en las jornadas del 19 y 20 de diciembre su punto más álgido, por la productividad que supuso para el surgimiento y consolidación de nuevas formas de sociabilidad y acción colectiva. Concomitantemente, el proceso posterior de “retorno a la normalidad” (Svampa, 2006b) es leído, en cierta forma, negativamente, en tanto supuso que el Estado —por parte de los gobiernos de Duhalde y Kirchner— ahogase la potencia social que se había manifestado en las expresiones insurreccionales del año 2001. Por el contrario, el segundo grupo de estudios, dejando entrever una evidente preocupación por el sostenimiento del orden político-institucional, destaca la capacidad de recomposición del sistema político de la mano de los gobiernos peronistas, pero cuestionando la concentración del poder en el Ejecutivo y el tipo de liderazgo que ella trajo aparejado.

Es precisamente esa división de principio entre sociedad y política la que, desde nuestro punto de vista, debe ser problematizada, junto con la cuestión del sujeto político que se puso en juego en la coyuntura del 2001: ¿en qué medida la sociedad civil se opone a la política institucional? Y lo que es más, ¿cómo se construyó simbólicamente esa distinción —que sobre todo en aquel período que se encuentra en el centro de los análisis sociológicos y politológicos²⁴—? La pregunta que guía el análisis parece, entonces, desplazarse hacia otro campo, que denominamos, a falta de un término más apropiado, el campo de lo *simbólico* y lo *discursivo*. En este sentido, el tercer grupo de investigaciones ofrece herramientas que abren una senda para pensar “la crisis del 2001” desde una nueva clave de lectura. Los trabajos de Biglieri y Perelló (2003, 2007) se sitúan explícitamente en la pregunta por el “estallido” y la (re)constitución del orden simbólico; los de Pérez (2008a, 2008b, 2013a y 2013b) definen la crisis como estallido de una comunidad de concepciones del mundo (la neoliberal): el meollo de los interrogantes que plantean estos trabajos es, precisamente, la pregunta por la forma en que se estructura una cierta cosmovisión y esto incluye, muy especialmente, la forma en que se conciben *las relaciones entre la sociedad y el Estado, lo social y la política*; en una palabra, lo político como forma de estructuración de lo social. Rinesi y Vommaro (2007), por su par-

²⁴ Creemos que esta preocupación se evidencia en las preguntas que giraron, por ejemplo, en torno a los procesos de desafección ciudadana, el surgimiento de nuevas formas de asociación colectiva y protesta social, el surgimiento de nuevos tipos de liderazgo.

te, sostienen que es en la palabra política y en su capacidad articuladora de sentidos en torno a lo común de la comunidad donde debemos enfocar nuestra mirada analítica. Hacia allí esperamos dirigir, en efecto, nuestras futuras indagaciones.



Bibliografía

- ARDITI, B. (2007). "Post-hegemonía: la política fuera del paradigma post-marxista habitual". En *Contemporary politics* 13 (3).
- BARROS, S. (2006). "Espectralidad e inestabilidad institucional. Acerca de la ruptura populista". En *Estudios Sociales*, 30(1), 145-162.
- . (2013). "Despejando la espesura. La distinción entre identificaciones populares y articulaciones políticas populistas". En ABOY CARLÉS, G.; BARROS, S. y MELO, J. *Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo*. Buenos Aires: UNGS-UNDAV.
- BIGLIERI, P. y PERELLÓ, G. (2003). *Los cacerolazos: antagonismo y crisis en diciembre de 2001*, trabajo presentado en el VI Congreso Nacional de Ciencia Política, Universidad Nacional de Rosario, Noviembre de 2003.
- BIGLIERI, P. y PERELLÓ, G. (eds.) (2007). *En el nombre del pueblo. La emergencia del populismo kirchnerista*. Buenos Aires: UNSAM Edita.
- BONVECCHI, A. (2006). "Determinismo y contingencia en las interpretaciones políticas de la crisis argentina". En *Revista SAAP* 2(3).
- BOYER, R. y NEFFA, J. (coords.) (2004). *La economía argentina y su crisis (1976-2001): visiones institucionalistas y regulacionistas*. Buenos Aires: Miño y Dávila - CEIL-PIETTE - Institut CDC pour la recherche.
- CASTELLANI, A. y SZCOLNIK, M. (2011). "'Devaluacionistas' y 'dolarizadores'. La construcción social de las alternativas propuestas por los sectores dominantes ante la crisis de la Convertibilidad. Argentina 1999-2001", *Documentos de investigación social N° 18*, IDAES-UNSAM.
- CHERESKY, I. (2004a). "De la crisis de representación al liderazgo personalista. Alcances y límites de la salida electoral de 2003". En CHERESKY, I. y POUADELA, I. (eds.), *El voto liberado. Elecciones 2003: perspectiva histórica y estudio de casos*. Buenos Aires, Biblos.
- . (2004b). "Elecciones fuera de lo común. Las presidenciales y legislativas nacionales del año 2003". En CHERESKY, I. y BLANQUER, J.-M. (comps.), *¿Qué cambió en la política argentina? Elecciones, instituciones y ciudadanía en perspectiva comparada*. Rosario: Homo Sapiens.
- . (2010). "Representación institucional y autorrepresentación ciudadana en la Argentina democrática". En I. Cheresky (comp.), *Ciudadanos y política en los albores del siglo XXI*. 301-371. Buenos Aires: Manantial-CLACSO.
- CHERESKY, I. y POUADELA, I. (eds.) (2004). *El voto liberado. Elecciones 2003: perspectiva histórica y estudio de casos*. Buenos Aires: Biblos.

- CHERNY, N.; FEIERHERD, N. y NOVARO, M. (2010). "El presidencialismo argentino: de la crisis a la recomposición del poder (2003-2007)". En *América Latina Hoy. Revista de Ciencias Sociales* 54, Salamanca, disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/308/30813328002.pdf>
- COLECTIVO SITUACIONES (comp.) (2002). *19 y 20: apuntes para el nuevo protagonismo social*. Buenos Aires: Ediciones de mano en mano.
- GAGGERO, A. (2012). "La retirada de los grupos económicos argentinos durante la crisis y salida del régimen de convertibilidad". En *Revista Desarrollo Económico*, vol. 52, N° 206, pp. 229-254. Disponible en <http://www.jstor.org/stable/23612346>
- GRUPO 12 (2002). *Del fragmento a la situación. Notas sobre la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Edición del Grupo 12.
- LACLAU, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- LEWKOWICZ, I. (2002). *Sucesos argentinos. Cacerolazo y subjetividad postestatal*. Buenos Aires: Paidós.
- MANIN, B. (1998). *Los principios del gobierno representativo*. Madrid: Alianza.
- MARCHART, O. (2009). *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- MERKLEN, D. (2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina 1983-2003)*. Buenos Aires: Gorla.
- MILNER, J. C. (2007). *Las inclinaciones criminales de la Europa democrática*. Buenos Aires: Manantial.
- MUÑOZ, M. A. y RETAMOZO, M. (2008). "Hegemonía y discurso en la Argentina contemporánea. Efectos políticos de los usos de pueblo en la retórica de Néstor Kirchner". En *Revista Perfiles Latinoamericanos* N°31 enero-junio, México: FLACSO Publicaciones.
- NEGRI, A. (2003). "Toni Negri en Buenos Aires. Videoconferencia realizada el 14 de diciembre de 2002 en el Centro Cultural San Martín, Buenos Aires, Argentina". En NEGRI, A. ET AL (2003). *Diálogo sobre la globalización, la multitud y la experiencia argentina*. Buenos Aires: Paidós.
- NEGRI, A. y COCCO, G. (2003). "El trabajo de la multitud y el éxodo constituyente o el "quilombo" argentino". En NEGRI, A. ET AL (2003). *Diálogo sobre la globalización, la multitud y la experiencia argentina*. Buenos Aires: Paidós.
- NEMIÑA, P. (2014). "De la esperanza a la caída. El FMI y la Argentina en el ocaso de la convertibilidad". En PUCCIARELLI, A. y CASTELLANI, A. (comps.). *Los años de la Alianza. La crisis del orden neoliberal*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- NOVARO, M. (2002). "La Alianza, de la gloria del llano a la debacle del gobierno". En NOVARO, M. (comp.). *El derrumbe político en el ocaso de la convertibilidad*. Buenos Aires: Norma.
- . (2006). "Izquierda y populismo en la política argentina". En PÉREZ HERRERO, P. (comp.). *La izquierda en América Latina*. Instituto Universitario Ortega y Gasset - Fundación Pablo Iglesias, Madrid, pp. 115-190, disponible en <http://capacitacion.hcdn.gob.ar/wp-content/uploads/2015/12/Novaro-Marcos-Izquierda-y-populismo.pdf>

- PÉREZ, G. (2008a). "Genealogía del quilombo. Una exploración profana sobre algunos significados del 2001". En PEREYRA, S.; PÉREZ, G. y SCHUSTER, F. (eds.), *La huella piquetera. Avatares de las organizaciones de desocupados post crisis del 2001*, La Plata: Ediciones Al margen.
- . (2008b). "Lazo social, 2001 y después". En *Cuadernos de Investigación de a.d.u.m.* N° 5.
- . (2013a). "19 y 20 D (2001). Quilombo y política". En *Revista Observatorio latinoamericano N° 12, Dossier "30 años de democracia"*, noviembre 2013, Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe, Facultad de Cs. Sociales - Universidad de Buenos Aires.
- . (2013b). "El quilombo y la huella. Dimensiones sociopolíticas del disloque". En PEREYRA, S.; VOMMARO, G. y PÉREZ, G. (comps.). *La grieta: política, economía y cultura después de 2001*, Buenos Aires: Biblos.
- PÉREZ, G. y NATALUCCI, A. (2012). *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*. Buenos Aires: Nueva Trilce.
- POUSADELA, I. (2006). *Que se vayan todos. Enigmas de la representación política*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- REVISTA *ACONTECIMIENTO* 24-25, editor responsable: Raúl Cerdeiras, Buenos Aires, mayo 2003.
- REVISTA *CONFINES* 12, director: Nicolás Casullo, Buenos Aires, junio de 2003.
- RINESI, E. y VOMMARO, G. (2007). "Notas sobre la democracia, la representación y algunos problemas conexos". En RINESI, E.; NARDACCHIONE, G. y VOMMARO, G. (eds.). *Los lentes de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Prometeo-UNGS.
- SCILLAMÁ, M. (2007). "La tristeza de la ciencia política y los límites del autonomismo para pensar el diciembre argentino". En RINESI, E.; NARDACCHIONE, G. y VOMMARO, G. (eds.). *Los lentes de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Prometeo-UNGS.
- SCHUTTENBERG, M. (2012). "Los movimientos sociales 'nacional populares' en la etapa kirchnerista: una revisión crítica de la bibliografía sobre el período". En *Intersticios. Revista sociológica de pensamiento crítico*, 6(2).
- SVAMPA, M. (2000). "La transformación de las identidades sociales". En SVAMPA, M. (ed.). *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. Buenos Aires: Biblos-UNGS.
- . (2004a). "Relaciones peligrosas". En *El Rodaballo* 15, disponible en <http://www.maristellasvampa.net/archivos/ensayo02.pdf>
- . (2004b). "Las organizaciones piqueteras: actualización, balances y reflexiones". En SVAMPA, M. y PEREYRA, S. (2003). *Entre la ruta y el barrio*. Buenos Aires: Biblos.
- . (2006a). "A cinco años del 19/20 de diciembre", conferencia, disponible en <http://www.maristellasvampa.net/archivos/ensayo35.pdf>
- . (2006b). "Argentina: el retorno a la normalidad", entrevista publicada en el semanario *Freitag*, traducción al español de la autora disponible en: <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=660>

- SVAMPA, M. (2007). “Las fronteras del Gobierno de Kirchner: entre la consolidación de lo viejo y las aspiraciones de lo nuevo”. En *Cuadernos del CENDES* 24(65).
- . (2008). “Argentina: Una cartografía de las resistencias (2003-2008). Entre las luchas por la inclusión y las discusiones sobre el modelo de desarrollo”. En *Revista OSAL* 24, disponible en <http://www.maristellasvampa.net/archivos/ensayo42.pdf>
- . (2011). “Argentina, una década después. Del “que se vayan todos” a la exacerbación de lo nacional-popular”. En *Nueva Sociedad* 235, disponible en www.nuso.org
- . (2013). “Tras las lecturas y las huellas de diciembre de 2001”. En PEREYRA, S.; VOMMARO, G. y PÉREZ, G. (eds). *La grieta. Política, economía y cultura después de 2001*. Buenos Aires: Biblos.
- SVAMPA, M. y PEREYRA, S. (2009). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblos.
- TORRE, J. C. (2003). “Los huérfanos de la política de partidos. Sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria”. En *Desarrollo Económico*, vol. 42, n° 168, 2003, pp. 647-665., www.jstor.org/stable/3455908.
- VOMMARO, G.; MORRESI, S. y BELLOTTI, A. (2015). *Mundo PRO. Anatomía de un partido fabricado para ganar*. Buenos Aires: Planeta.

Fecha de recepción: 02/11/2016

Fecha de aceptación: 22/02/2017